

Marciano Martín Manuel

EL LIBRO VERDE



NARRATIVA • ESPUELA DE PLATA

EL LIBRO VERDE

Marciano Martín Manuel

EL LIBRO VERDE



ESPUELA DE PLATA

S E V I L L A • M M X I V

© Marciano Martín Manuel
© 2014. Ediciones Espuela de Plata

www.editorialrenacimiento.com

POLÍGONO NAVE EXPO, 17 • 41907 VALENCINA DE LA CONCEPCIÓN (SEVILLA)

tel.: (+34) 955998232 • editorial@editorialrenacimiento.com

LIBRERÍA RENACIMIENTO S.L.

Diseño de cubierta: Equipo Renacimiento

DEPÓSITO LEGAL: SE *-2014 • ISBN: 978-84-15177-**-*

Impreso en España • Printed in Spain

A Inés Fernández Blanco

«No revuelvas los güesos sepultados,
que hallarás más gusanos que blasones».

FRANCISCO DE QUEVEDO

GLOSA DEL TRANSCRIPTOR

*EMPAREDADA en una casona de Extremadura apareció esta novela del siglo XVII. Su propietario, el arcipreste don M***, cuya identidad me ha pedido que reserve en el anonimato, me confió el manuscrito para que le diese mi parecer. Impresionado por su lectura, decidí que había que darlo a la imprenta. Tras comentarlo con mi editor, don Abelardo Linares, pensamos en un principio incluirlo en la colección «Biblioteca Judaica», de Renacimiento, pero no nos pareció conveniente, pues el texto merecía un tratamiento literario más acorde con lo que había concebido su autor, por lo que optamos finalmente por incluirlo en la sección Narrativa, de Espuela de Plata.*

*No estoy de acuerdo con don M*** cuando califica el manuscrito de novela histórica. El Libro Verde está escrito con las mimbres de la novela picaresca. El autor, que nació el mismo año que El Quijote y La Pícara, mantiene el carácter autobiográfico del protagonista, como Lazarillo, aunque el personaje Panocha está más próximo al gracioso del teatro del Siglo de Oro que al truhán don Francesillo de Zúñiga, o al pícaro don Pablos, cuyos modelos, no obstante, reserva para los actores secundarios como los chocarreros, golfas y bandoleros. Panocha es un observador de la sociedad, a la que satiriza con su verbo hiriente como la Garduña de Sevilla o Estebanillo. En ocasiones se muestra*

didáctico-moral, con una erudición bíblica como Mateo Alemán o Marcos Obregón.

El Libro Verde se enmarca en las postrimerías de la novela picaresca, a medio camino entre El Diablo Cojuelo y Vida de don Gregorio Guadaña, y la pieza alemana Simplicius Simplicissius, publicada ocho años después de la extremeña. No deja de ser sintomático que el género picaresco naciera en el señorío de Béjar, con la pieza satírica Crónica burlesca, de don Francesillo de Zúñiga, obra de un descendiente de judío, y desapareciera del panorama narrativo español tras la asimilación de los cristianos nuevos en el mundo católico, de la mano de un descendiente de judío, nacido también en el señorío de Béjar.

En lo que respecta a la biografía del autor, su lugar de nacimiento, aficiones y otras penalidades, nada puedo añadir que no esté reflejado en la novela.



*La presente edición se basa en el texto original que tan amablemente me ha cedido don M***. He desestimado el apócrifo que circula por Internet, falto de cinco capítulos, seis incompletos y tres falsos. Debido al mal estado de conservación del manuscrito, el desvanecimiento de tinta, las manchas de agua y las mutilaciones de párrafos a consecuencia de la voracidad de la cochinilla de plata, y especialmente por dar placer a los gustos generales del vulgo llano, he adaptado la escritura a los usos del castellano actual sin franquear la línea que separa la actualización de la falsificación.*

MARCIANO MARTÍN MANUEL

10 de septiembre de 2001-20 de diciembre de 2013

22 elul 5761-17 tevet 5774

ISHMA

CARO, y baratísimo, lector, ante las infamias sin fundamento que circulan por las sentinas del país en perjuicio de mi fama, poniendo a mi linaje como chupa de dómine, he decidido escribir el discurso de mi vida en la pulida lengua castellana, que le servirá a vuacé como alivio de sus abúlicas tardes, y a mi merced como aliviadero de mi accidente de nacimiento.

El Libro Verde ha sido compuesto como lucido parto de mi ingenio, debajo de la corrección de la Santa Madre Iglesia, y no contiene cosa contraria a la Fe, ni al recato de las buenas costumbres, ni a las regalías de Sus Majestades Católicas, ni a la casa de mis señores los Duques de Béjar, como esas comedias profanas tan lascivas para el cuerpo como dañosas para el alma. Es una novela de apacible entretenimiento y de honesta recreación, muy conveniente para la instrucción de la república de las letras y el esmalte del buen cristiano, pues consolida con su doctrina los murallones de la cristiandad y fortalece la Fe en los santos mártires de la Iglesia de Roma.

Está dedicada a la grandeza de don Alonso Diego López de Zúñiga Sotomayor y Mendoza, Duque de Béjar y de Mandas, Marqués de Gibraleón, Conde de Bañares, Vizconde de La Puebla de Alcocer y de su vizcondado, Señor de las villas de Burguillos, Capilla y

Curiel con las de su partido, Justicia Mayor de Castilla, Capitán General de los Reales Ejércitos de Extremadura, Castilla y frontera con el reino de Portugal, etcétera.

En fe del buen acogimiento que dispensa la casa de Su Excelencia a los quijotes de las artes, y como príncipe tan inclinado en favorecer las buenas letras y da asilo a los ingenios, fío no desdeñará la obra de tan humilde criado suyo.

PRIMERA JORNADA

LA CAUTIVIDAD
DE LAS OLLAS DE EGIPTO

«Bereshit».

Génesis, I, I

EN QUE CUENTO QUIÉN ES MI
MERCED Y DE QUIÉN SOY HIJO

NACÍ en una familia de los nuevamente convertidos a la fe católica el mismo día que el futuro soberano don Felipe Cuarto. Si la corte de Valladolid festejó su natalicio con juegos de cañas, mis padres lo festejaron dándose caña. Padre quería que su hijito saliera bien criado en las reglas de la estimación, virtud y cortesía, que eran los valores principales que debían resplandecer en el cristiano. Y mi señora madre miraba porque su cachorrillo de león fuese bendecido en las tradiciones y costumbres de la estirpe de Jacob. Como había salido de sus aguas, la parida de mi señora madre quiso darme por nombre Moisés, pero padre lo estimó por cosecha de Satanás.

—¡Por todos los diablos, Catalina! —refunfuñó padre—. Como sigáis con vuestra locura de llamar al niño Moisés acabaremos encorizados por el Santo Oficio. ¿Es eso lo que queréis? ¿Que nos lleve a la leña el Santo Oficio?

—¡Por el paraíso de quien acá nos dejó! No estaría mal que nos llevara a la leña la mala peste de los inquisidores. Y todos los diablos si se huelgan con ello. Así acabaríamos con este fingimiento que nos tiene la vida esclavizada.

Por un quitame allá esa costumbre de mudar de camisa el viernes por la noche, de derrenegar de tocinos, de escamotearle el gloriapa-

tri a la oración del cristiano, y de otras lindezas que no hacen al caso a la relación de mi vida verdadera, se llevaron a mi rebisabuelo a la villa de Llerena. Luego de tumbarle en un potro, que no se holgó de verlo, y de tener unos coloquios con los reverendos leviatanes de la Santa Fe, le engalanaron con un capotillo de lienzo amarillo con llamas de fuego, figurillas de diablos alados y su nombre recamado en letras de oro.

El sufrido de padre no hacía vida del sambenito que flameaba en la iglesia como gallardete en navío de corsario. En cambio, la garri-da de mi señora madre lo atesoraba como corona de su linaje como Luis Vives, el arzobispo Carranza, fray Luis de León, el Brocense y otros académicos de las artes y las letras.

—Suplícoos, mi sacrificada esposa, que borréis ese loco pensamiento de criar a nuestro hijo en la ley muerta de Jacob.

—¡Cuerpo de Barrabás! ¿Ya habéis olvidado quién sois?

—Soy quien soy.

—¡Qué necio estáis con vuestras filosofías! ¿Y quién creéis que sois, archivo de necedades? ¿La albarda de un asno o el braguero de un Labrador?

Mi señora madre no compartía el arte de la simulación, ni salpimentaba sus sentimientos con disfraces engañosos. Como buena urdidora de paños decía que mientras tuviera la razón en su uso, tramaría las telas con los husos y rucas de nuestros rebisabuelos, por no quebrar los hilos dorados del pasado, que los del presente, por ser nuevos, tenían urdimbres de bellaquería.

—¡Catalina! ¡Somos personas de honor y hemos de mirar por la publicidad de nuestra honra!

—¿A qué efecto me importunáis con las honras? Harta estoy de vuestros fingimientos.

—¡Por la preciosa sangre del cordero! ¡Cristianos somos!
Mi señora madre, que tenía más redaños que los Abencerrajes, le hizo chanzoneta.

—¿Renegáis de nuestro linaje?

—Parientes somos de Jesús de Nazaret.

El pincel de mi merced oía las voces amarrado a los lecherones de mi señora madre.

—Seremos todo lo parientes que queráis del nazareno, pero nuestro hijito se llamará como su rebisabuelo.

—¡Esposa testaruda! Bien sabéis que no podemos llamarle de tal guisa. Con que borraos de la cabeza esa bellaquería de darle un nombre extranjero.

—¡Por vida de mi difunto padre! ¡Primero veréis a Suleimán el Magnífico y a sus jenízaros infieles amarrado a la bandera de la cristiandad que a vuestro hijito!

—¡Se llamará Juan!

—¡A la fe, cómo relincha el caballero! ¿No fue a Juan a quien por capricho de Herodías le rebanaron la chola?

—Porque se llame Juan nadie va a rebanarle la chola.

—Mirad que nos acarreará desgracias.

—Si es por evitarle el mal, le llamaremos Esteban. Tiene aire de santidad.

—¡Decid más bien de martirio! A Esteban le lapidaron.

—¿Qué tiene de extraordinario que le lapidaran? A todo el mundo le lapidan alguna vez en su vida.

Yo eructé.

—¿Preferirías Isaías? ¡Como el profeta escritor!

—¡Qué bellaca mujer! ¿No fue a Isaías a quien el impío Manasés mandó cortar en pedazos con una sierra de madera?

—¿Qué me decís, mi dulce esposo?

—En trocitos muy chiquininos. Del tamaño de una cereza.

—Quizá Isaías no sea el nombre adecuado. ¡Jeremías me place!

—¿Os referís al que enfangaron en la cisterna del rey Melquías y murió en Egipto lapidado por los idólatras del lugar? Tampoco os aconsejo Sedecías. Degollaron a sus hijitos y les sacaron los vidrios de los ojos. ¡No hubo misericordia para la progenie del rey!

Yo estaba espantado por la forma como mis padres, a saldo de sus religiones, degollaban, aserraban y acuchillaban a su dócil ternerillo.

—¿Y Daniel? Fue un hombre sabio e inteligente.

—Véolo arrojado al foso de los leones.

—Bienaventurado sea si lo arrojaron al foso de los leones. Al menos era judío. Y espero que los leones también lo fuesen.

—Si tan empeñada estáis con el señorío de vuestra Biblia, dadle por recibo Bartolomé.

—¿Qué tiene de judío Bartolomé?

—En su primera concepción se llamaba Natanael.

—¡Gentil consejo! A Bartolomé le desollaron vivo como a un cordero.

—¡Pero era un mártir cristiano que vio levitar a Jesús!

—¿Levitar? ¿Habéis dicho levitar? Acabáis de darme una idea, señor marido. Ya tenemos el nombre que remediará nuestra querella.

—Nada me duele más que vuestros remedios, porque siempre nos trujeron problemas.

—Llamémosle Levitación...

—No conozco a ningún mártir con este remoquete.

—... así podremos llamarle familiarmente Leví.

—¡Fuera burlas, mi señora! ¡Leví es hebraico!

—¡Qué melindroso estáis! ¡A todo le aguzáis la punta! ¿Os hace gracia Sebastián?

—¿Queréis que le lluevan las saetas de los cuadrilleros de la Santa Hermandad como a un vulgar facineroso?

—¿Llamáis facineroso a vuestro hijito?

—¡Albricias doy a Nuestra Señora! ¡Ya tengo el nombre! ¡Zacarías!

—El desposado de Isabel, los padres del divino Juan el Bautista. ¡Oh, qué dichoso me hacéis!

—¿Entendisteis Zacarías? No dije sino Ananías.

—¿El ciego que convirtió a Saulo de Tarso a la fe nueva de Cristo? No es mal nombre para un futuro predicador de Iglesia.

Mi señora madre convino en llamarme Pedro como guijarro de nueva generación. A cambio de mi cristianar exigió que me retajasen como al abuelo Gallarero. A padre no le hizo gracia ninguna la herida en el capuz. Como yo tampoco hacía aprecio de sajaduras, dejé de mamar los calostros y tañí una orquestina de berridos en la tarima de su pecho. Mi señora madre, porque cesaran mis querellas, me metió miedo con el fantasma marimanta (¡nunca yo con ella topara!) con lo que volví aterrado al refugio de su teta.

—La alianza de Abraham fue un precepto sagrado de nuestro pueblo —anunció mi señora madre.

—Habéis de saber, mi señora, que la verdadera circuncisión se halla en el corazón.

—Si es por seguir el dictado de vuestras bellacas costumbres le circuncidaremos el corazón.

—¡Circuncidarle el corazón! ¡Qué ingrata tiranía!

—Recurriremos al matarife Juan. No es sordo, ni loco, ni tenido por mentecato.

—¡No es mentecato, no, pero vos sois una malvada! ¿Habéis pensado que algún día un mal pudiera arrastrar a nuestro hijito a la consulta de un galeno y al descubrirle en el capuz la huella de la alianza lo denuncie al Santo Oficio? Catalina, dejemos el pellejo de su natura, por no dar que hablar a las tramadoras de paños sucios.

—¿Por qué me tratáis con estos desdenes, señor Moisés?

—¡Mi crisma es Pedro!

—¡No nos queréis ni a mí ni a nuestro Moisecito!

—¡Vamos, tesoro mío! Claro que os quiero a vos y a nuestro lindo Pedrito. Vosotros sois el paño de mi vida.

—Si somos el paño de vuestra vida, por reverencia a la memoria de nuestros rebisabuelos, dejad que le haga la marca de la alianza.

—¡Oh, qué simple mujer! Bien sabéis que no podemos mantener las tradiciones de nuestros deudos. La comunidad ha decidido romper amarras con el pasado. Y las decisiones de la comunidad son leyes inviolables.

—¡La comunidad! ¡La comunidad! ¿Quién demonios es la maldicha comunidad para decirme lo que tengo que hacer?

—¡Basta os digo, mi señora Catalina! Y volved a la cocina. La plática ha terminado.

EL LIBRO VERDE es una fascinante novela en la que se dan cita el relato picaresco, la comedia de enredo, el drama moral y la crónica de la Extremadura de los Austria.



El niño Pedro Gómez, cristiano nuevo, vive en una aldea del señorío de Béjar gobernada por las leyes raciales de la pureza de sangre. Su madre quiere educarle en el judaísmo y su padre en el cristianismo. La lucha exacerbada de los cristianos nuevos por asimilarse en la sociedad católica colisiona con los cristianos viejos antisemitas, los cuales publican un *Libro Verde* con las semblanzas de los descendientes de judíos para mantenerlos alejados del poder. La división de la aldea en dos barrios enemigos, las reyertas cainitas entre las cofradías del Rosario y del Sacramento y los desastres de la Guerra de Independencia portuguesa complementan el friso narrativo, aderezado con el mosaico de los faranduleros, truhanes, golfas, frailes y bandoleros.



El manuscrito del siglo XVII ha permanecido emparedado en una casona de la Alta Extremadura y rescatado del olvido por Marciano Martín Manuel.



ESPUELA DE PLATA
NARRATIVA